

CRÍMENES MUNICIPALES

Darío Ruiz Gómez

1ª edición en *La Mirada Malva*, 2009
Colección Mirada Narrativa 06

© Darío Ruiz Gómez, 2009
© *La Mirada Malva*, 2009
© Fotografía contraportada, Félix Ángel

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para
Editorial *La Mirada Malva*
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón
Madrid – España
Teléfono (34) 915 189 899
www.miradamalva.com

ISBN-13: 978-84-936645-0-3
DL.: SE-

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impresión Publidisa
Impreso en España

ÍNDICE

Crímenes municipales	5
Pigmalión	17
En un vasto paisaje	33
El estanque furtivo	53
La rosa del Rialto	75
Grandes superficies	89
Carenevera	109
El muchacho	117
Haciéndose el bobo	129
Sobre la acera	137
Esperando a nuestros padres	147
Garbage	163
La tía no ha muerto	173
Música del Trópico	187
Perder la cabeza	195
Retro-Visor	205
Espera a que te llame	213
Los velos de la tarde	225

La pasión que impulsó tantos juegos o
sueños espantosos no es menos el deseo
irrefrenable de ser yo que el de no ser
nada

La experiencia interior

George Bataille

Representemos pues, nuestro teatro
Representemos nuestras propias piezas,
Prematuras y tristes y corteses,
La comedia de nuestras almas,
De nuestros sentimientos, hoy y ayer,
Fórmulas bellas para cosas crueles,
Palabras alisadas, imágenes de mil
colores,
Agonías, episodios...

Para un dios no nacido

Hugo Von Hofmannsthal

CRÍMENES MUNICIPALES

El edificio ha perdido su antigua prestancia. Hoy, la calle, es un callejón invadido de escandalosos vendedores de relojes de contrabando, de electrodomésticos asiáticos, de bisutería. Gentes ordinarias que han ocupado desafiadamente las aceras e impiden ver las vitrinas de los almacenes. Papeles, restos de tablillas y de cartones y el bullicio de sus altavoces, de sus pregones. Hace cuarenta años el edificio había surgido en esa esquina como la afirmación rotunda de una nueva época con su fachada de mármol, de piedra, con una sorprendente caja de cristal separada del edificio y donde se exhibían telas y trajes de moda, y la equilibrada altura, la bella solidez de su forma llamaba a los ciudadanos a prepararse como se decía profusamente entonces, “a entrar en la era del progreso”. Ahí al lado, en un minúsculo local hacia la calle en donde se vendían y se siguen vendiendo estilográficas, lapiceros, fue el crimen de la señora extranjera.

El cuerpo de la señora quedó extendido sobre la acera y el asesino, consumado el crimen, se quedó quieto, paralizado, sin siquiera atreverse a hacer un gesto de temor cuando dos policías lo detuvieron. La gente ya se había arremolinado alrededor del cadáver de la hermosa y elegante señora. Las gentes comenzaron a gritarle al asesino, a pedir justicia. Era un hombre blanco, de aspecto bondadoso, vestido con un traje de paño de color beige y de aspecto aristocrático. El esposo, se supo inmediatamente, era

un destacado industrial de la ciudad y ella una joven norteamericana. Las gentes gritaban pero el hombre permanecía quieto, arrogante: el niño que observó la escena, al revivirla ahora, sólo ve a los policías mal vestidos, burdos, las grandes cachuchas de lona y las gentes de aspecto sencillo, modesto, como un coro sin voz.

El boulevard se extendía hacia el oriente de la población, frondosos, augustos árboles y en la esquina de la calle principal, una *main street* en realidad, el perfil europeo de un edificio que era un gran cine, teatro y hotel. Lo curioso es que veinte años después se encontraría con esta misma estampa urbana pero en una población del Golfo de México, el boulevard, el cine, la *main street* con sus confiterías, almacenes de moda y el desfile de personajes provincianos exhibiéndose, escribiéndose, muchachos y muchachas en grupos. Ahora la huella de la *main street* había sido borrada por la invasión de los vendedores de bisutería, de comidas, por la suciedad de estas gentes. Uno de los árboles emblemáticos había sido cortado y el deterioro de las aceras lo asombró porque sintió que, verdaderamente había llegado a otra ciudad.

Cuando terminó su carrera de Derecho e ingresó al edificio para trabajar en una oficina de abogados, vivió plenamente las bondades del progreso. El amplio ascensor, la joven ascensorista de un bello rostro de medallón pueblerino con la cual apenas sí llegó a intercambiar algunas palabras. Pero observaba el asedio a que la sometían ciertos comerciantes,

oficinistas, algunos abogados. Su ingenua belleza se había convertido en un botín a conseguir para aquellos vulgares personajes ante cuyo asedio ella permanecía serena. Por esta firmeza de carácter, él, la llegó a admirar y rogaba porque no llegara el día en que uno de esos personajes mostrara en su rostro que había coronado su asedio y la había hecho suya.

A lo largo de su carrera había conocido el caso de muchachas ingenuas que deslumbradas por el automóvil de un pretendiente se habían entregado a él creyendo que de ese modo habían accedido a una nueva vida social, lejos del barrio. La hipocresía social las arrojaba a lo peor. Al llegar a su casa lloraba conmovido pensando en la suerte de las muchachas virtuosas, lloraba por los modestos padres de la muchacha que jamás volverían a verla.

Durante los dos días que la muchacha dejó de conducir el ascensor él pensó, como todo el mundo, que había salido a tomar unas vacaciones. Su estupor ocurrió al llegar al cuarto día de su ausencia y encontrar en el hall del edificio un corrillo de gentes y un grupo de policías que hablaban alteradamente. Cuando llegó a su oficina, un empleado le contó la verdad sobre lo que había sucedido: el cuerpo de la muchacha había aparecido descuartizado, pedazos de cuerpo habían sido arrojados en el hueco del ascensor y en la terraza del edificio. El olor de la carne en descomposición llevó a que se descubriera el salvaje asesinato de la muchacha. La cabeza cortada, rebanados brazos y piernas y destrozado con furia el pecho. ¿Cómo pudo

alguien ensañarse de ese modo con aquella modesta muchacha? Enseguida comenzaron a plantearse toda clase de conjeturas al respecto, en cada oficina y en cada lugar de la ciudad, conmocionados por este crimen.

¿A qué horas la asesinaron y porqué nadie escuchó sus gritos?. O ¿fue que previamente la adormecieron y luego de abusar de ella habían procedido a descuartizarla? Pero a la vez, ¿quién podía tener tanta falta de imaginación para pensar que el olor a carne descompuesta no sería detectado al paso de los días? ¿Cómo pudieron recoger y disimular la sangre que brotaba cuando la sierra cercenaba aquel delicado y virtuoso cuerpo? Al bajar a un café cercano a tomarse un refresco en la mañana y cuando chismes y nuevas conjeturas circulaban de mesa en mesa, llegó alguien con la noticia que acababa de dar la radio: el asesino había sido el celador del edificio, un hombre flaco, casi mudo, de aspecto aindiado. Ya la policía lo había acusado del crimen y había procedido a su detención.

Con los días que pasaban él no aceptó aquella inculpación sobre el celador. Era un hombre sin estatura y sobre todo sin la musculatura necesaria para haber cometido el crimen. Ni el odio más acumulado le hubiera dado la fuerza suficiente para hacerlo, ¿en qué mesa llevó a cabo tan funesta operación si su cuartucho apenas le daba espacio para guardar algunas cosas?, ¿cómo pudo limpiar rápidamente la sangre de la muchacha? Logró verlo de nuevo un día en que la policía lo llevó al edificio

a verificar algún dato de su confesión: era un ser que quería desaparecer, la mirada huidiza, las pocas palabras. Demasiado flaco para hacerlo, volvió a decirse.

Necesariamente comenzó a detallar la tipología humana que hacía uso de las oficinas. Los observaba en el ascensor buscando en miradas y gestos un indicio sobre aquel crimen brutal. Pero la mayoría era gente prestante y no los personajes capaces de cometer un crimen de tal envergadura lo cual lo dejaba más atónito y llegó un momento en que no supo qué camino tomar, ¿por qué se quedó la muchacha dentro del edificio? ¿dónde y cómo se dejó sorprender del asesino alguien de su entera confianza en todo caso para haber accedido a quedarse después del horario de trabajo? “Yo como discípulo de Lombroso -decía un condiscípulo suyo en aquella vetusta Facultad de Derecho- afirmo que en estas sub-razas no se ha alcanzado la calidad jurídica y psicológica de individuo propia de una sociedad histórica como la europea o de una democracia como la norteamericana. Aquí la mala comida, las malas aguas, o sea la crónica desnutrición, mantienen a estas gentes viviendo en cuevas del Paleolítico. Por eso son criminales natos, porque no son sujetos morales”. Pero aquellas pesadas conversaciones en macilentos cafetines no arrojaban ninguna claridad al respecto y la versión que del Derecho Penal daban entonces los profesores era tan limitada jurídicamente como lo era aquel ambiente provinciano en que parecían agonizar cada tarde. En que bostezaba la aldea.

El aristócrata que después de disparar contra su esposa le había, imperturbablemente, entregado el arma homicida a un policía moreno, de baja estatura, dientipodrido, le señaló algo a tener en cuenta para siempre: El crimen en una sociedad desarrollada obedece a razones muy complejas y no es el acto primario, brutal de una raza inferior minada por las enfermedades gastrointestinales -amibas, parásitos, crímenes inmediatos propios de gente sin imaginación. El lujo, el vivir el arrollador mundo de la era industrial, de los negocios nacionales e internacionales, produce una mentalidad más refinada, un sujeto que obedece a razones estéticas, y no a traumas religiosos y por eso llega al crimen respondiendo a perversas exigencias íntimas, ilustrando lo que suponen la codicia y la envidia a ese nivel de nueva sociedad histórica. Claro que está también el hampa organizada, el bajo mundo de las grandes ciudades.

Aquí, la justicia, tal como llegó a comprobarlo muchas veces, opera exactamente bajo dos parámetros. Los abogados penalistas dedicados a litigar y que habían sido sus profesores eran unos difusos personajes pertenecientes a un estrato social casi popular. El mayor honor de parte de uno de ellos fue haberlo invitado a una cantina cerca a los juzgados y en donde el penalista se dedicaba a beber compulsivamente hasta convertirse en un borracho vulgar. Aquel vetusto café, aquel traganíquel ruidoso, las viejas y gordas meseras le causaron un total desagrado. A la primera oportunidad, ya cuando el penalista había comenzado a babearse, salió y se fue a su casa.

Pero ¿cómo se resolvió, por parte de la justicia, el caso del aristócrata asesino confeso, de su honorable esposa? Le dieron la casa por cárcel con el beneplácito unánime de su grupo social pero igualmente de las gentes populares y de la clase media a quienes hubiera escandalizado el hecho de que tan excelso *gentleman* hubiera ido a parar a la infesta cárcel municipal entre ladrones y asesinos que hubieran abusado de él. Al escuchar en el juicio al abogado defensor del elegante asesino vino a descubrir la presencia en la profesión de otro tipo de abogado penalista, catedrático de la universidad católica, de la universidad privada, hombres de comprobada probidad, pulcros y elegantes con la sobriedad propia de su catolicismo, dueños de bufetes situados en los mejores edificios, en este edificio en sus más exclusivas oficinas una extraña y cerrada aristocracia cuya vida privada era llevada con suma discreción.

Este descubrimiento lo llevó a lamentar que no hubiera tenido como profesor un catedrático de estos alcances, dueño de una hermenéutica radicalmente diferente a la empleada por aquellos penalistas dedicados a defender a los criminales de las clases populares. Desgracias propias de las universidades públicas, se dijo.

Pero acceder a este círculo cerrado de profesionales, de autores de sesudos tratados sobre Dios, el Derecho Natural y el destino de las sociedades era imposible. Fue la comprobación de esta diferencia abismal la que lo llevó a la decisión de marcharse a la capital. Desde el momento en que abrió los ojos ante tamaña

situación, este lugar entre altas montañas llegó a ser para él el colmo de la cerrazón mental, o sea, del provincianismo. Y, se dijo, uno no puede gastar su juventud y su talento entre algo que profundamente nos desagrada, este medio obtuso, estos ricos con justicia propia.

Todo regreso comporta muchos aspectos, en su caso, dos primordiales: naturalmente el deseo de confrontar recuerdos, o sea, de cotejar ante la realidad presente las imágenes atesoradas durante la juventud y convertidas, inadvertidamente, en postales edulcoradas de una ciudad de provincia y de sus formas de vida igualmente edulcoradas por la falsa añoranza, sobredimensionadas casi siempre en el efusivo y blando cariño de los afectos familiares. Y el hecho de que edificios, calles, parques guarden aún -el deterioro de cualquier ciudad latinoamericana es alucinante- en su presente, huellas visibles de lo que fue cierto brillo del ayer, lo cual termina por convertirse para quien regresa en una pregunta melancólica acerca de lo que pudo ser y no fue, acerca del perdido destino de un amigo cercano, de un familiar a quien se abandonó ya en el borde del caos urbano. El edificio muestra este desgaste y esto es más evidente en el ascensor con el piso deslustrado, con los botones sucios. El ascensorista es un viejo jubilado que parece no estar atento a nada. En las antiguas oficinas pueden verse ahora casas de cambio de moneda extranjera, agencias de empleos temporales, negocios, en fin, de baja estofa.

Se detuvo y se quedó mirando el sitio de la calle

donde estuvo el asesino de la bella dama. Le pareció momentáneamente verlo con su figura de industrial de los años 50, como si el proceso de deterioro del lugar también lo hubiera deteriorado para siempre en su figura. Pero tampoco logró ubicar en el hall el cubículo en el cual el supuesto asesino de la ascensorista guardaba sus implementos. Sintió que las preguntas propias del perplejo estudiante de Derecho que había sido en ese entonces regresaban para tratar de establecer la diferencia entre el Derecho que se aplicaba a los asesinos de barrio bajo, a la madre popular que había tenido que asesinar a su marido quien cada día, borracho, la ultrajaba y el Derecho que cobijaba en la población a quienes estaban situados en la cota de la respetabilidad gracias a su poder económico.

Cuando terminaba quinto grado de bachillerato hubo un crimen que conmovió a la ciudad y en el cual -como lo llegó a señalar el chisme callejero- estuvo involucrado el hijo de una prestante familia de empresarios: un joven campesino llegó a la población a pedir trabajo y fue a solicitarlo a una conocida factoría textil. El industrial lo atendió y mediante hábiles argumentos logró convencerlo de que lo acompañara a dar un paseo por los alrededores. El personaje subió al joven a su automóvil y lo llevó hasta una zona despoblada, habitada por una profusa maleza, allí intentó abusar del menor que se negaba y en el forcejeo el industrial lo golpeó con una piedra hasta causarle la muerte. Lo insólito fue que rápidamente apareció en el periódico la foto de un zapatero que había confesado ser el asesino. La

imaginación popular tuvo una lúcida explicación al respecto. Se dijo que la acaudalada familia del depravado había buscado rápidamente a un hombre pobre y le había pagado una buena suma de dinero para que se declarara culpable del crimen, con la promesa de que rápidamente saldría libre. Pero la condena fue terrible: 24 años de cárcel.

¿Por qué no recordar las bellas telas que exhibía la vitrina? Coleta, organdíes, estampados que lucían las muchachas que vestidas a la norteamericana desfilaban por estos lugares, abarrotaban las heladerías, los cines. El asesino verdadero -se dijo- ha muerto ya hace muchos años y lo hizo en medio del desconsuelo de su familia, con la presencia de las altas autoridades civiles y eclesiásticas. El zapatero debió morir en el peor infierno en vida, lejos de su familia, atropellado por guardias y rufianes.

Si el señalado como el asesino de la ascensorista estaba vivo seguiría ahora en la nueva cárcel. Durante el juicio no moduló palabra alguna, no se conmovió su rostro de dios indígena por el fallo del juez. Más que un asesino parecía el conspirador de la causa política de su raza ofendida y humillada.

Se desplazó, entonces, hasta la nueva cárcel. Le ayudó en sus pesquisas su facha de extranjero. Al revisar las fichas de los más viejos condenados fue fácil encontrarlo pues la foto era la misma que aparecía en los periódicos durante el tiempo de su juicio y su condena.

El patio de la cárcel apareció repleto pues los presos

a esa hora disfrutaban de una hora para estirar las piernas, para comprar un pan, una gaseosa y saludarse. Hombres de todas las edades y de todas las razas que hablaban en voz alta con voces confusas, alteradas. Como cruzó el patio rodeado de dos guardas apenas si repararon en él.

Era un viejo flaco, afeminado. La sala de ebanistería era espaciosa y contaba con la maquinaria más moderna. El viejo -ya en la indefinible edad característica de los hombres de su raza- reparaba una silla en medio de la calma del lugar. Él debió sentarse a su lado, observar sus manos jugando con el mimbre hasta que el viejo reparó por fin en él. Entonces le preguntó si su apellido tenía que ver con el de una familia que vivía en Miami y que le había encomendado que buscara a un familiar injustamente condenado por un crimen que no cometió. Parecía un anciano sioux la mirada perdida del marihuano, el ritmo desacompasado de la cabeza y de pronto un brillo apagado en los ojos, un relámpago que estalló entre su mente y le mostró lo que había venido a conocer: escuchó nítidamente el sonido de las puertas del ascensor al cerrarse. Vio al celador pero a la vez la figura gorda y alterada del abogado cuyas oficinas ocupaban prácticamente todo el noveno piso, un prepotente que sólo saludaba a quien le daba la gana y en voz alta comentaba el éxito de sus grandes defensas en los tribunales, los cuantiosos emolumentos que estos triunfos jurídicos suponían y que se reflejaba en los grandes escritorios de caoba, las bibliotecas con textos jurídicos, la gran cantidad de secretarias y ayudantes, los llamativos

floreros.

Entonces vio las manazas al abrazar el cuerpo de la muchacha que llena de pánico se había dado cuenta que las puertas de la oficina estaban cerradas y que nadie había en el edificio. Los ojos del preso más antiguo de la cárcel revivieron la escena: el cuerpo de la muchacha tirado sobre el tapete, ya inmóvil, a su lado el pesado cenicero de mármol con que la había golpeado. El golpe seco no produjo herida exterior, el cenicero envuelto en una toalla sólo produjo en la mejilla izquierda un gran moretón, la muchacha había quedado boca arriba, los brazos desgonzados y la bata deshilachada, aun cuando apenas se veían los muslos. El corpulento abogado esperó a que el celador del edificio tocara la puerta de la oficina. El hombre enjuto y de mirada sombría no dijo nada al ver el cadáver de la muchacha, la observó con el desparpajo con que un policía mira un cadáver todos los días. El corpulento abogado le hizo una seña para que se encargara del cadáver: la sierra cortaba rápida y certeramente la madera, con habilidad de virtuoso estaba haciendo el calado de una cenefa, rosas y grandes hojas entrelazadas en un diseño personal, en el suelo se amontonaba un montoncito de aserrín, de virutas, caían los trozos de madera que la afilada sierra cortaba. De pronto, el anciano lo miró fijamente y aceleró el movimiento de los brazos inclinando la sierra, impulsándola aceleradamente tal como si serruchara un brazo, una pierna, la cabeza.

PIGMALIÓN

¿Hacia dónde debía dirigir sus pasos? Él no lograba imaginar la pequeña ciudad norteamericana que ella le describía minuciosamente. Allí estaba la oficina de una pequeña compañía de transporte aéreo de carga a los Estados Unidos, propiedad de quien había sido su marido. La incipiente compañía, herencia de ese norteamericano, bobo, insufrible, meticuroso en sus negocios y que fue incapaz de llenar sus horas vacías con un poco de diversión, siempre, en los viajes o en la ciudad se acostaba muy temprano, mientras ella había entendido que pasados los cincuenta años lo que seguía era vivir el resto de vida con apasionada intensidad.

Su afición al licor no fue el resultado de su soledad tal como a primera vista podía pensarse sino lo contrario: el licor era su vida misma. Y si antes bebía con cierto recato dadas las circunstancias de que estaba socialmente mal visto hacerlo, hoy que la ciudad ha estallado y sus costumbres han cambiado, beber todo el día es afirmar ante los otros una civilizada virtud, como tener un amor furtivo: su tía Emilita le contaba de aquella puritana ciudad donde las mujeres no podían entrar a un bar, ni podían beber licor en público y la imagen del deber y no del goce era propugnada por el iracundo arzobispo, por los histéricos párrocos.

El adulterio era señalado en la mujer como la mayor ofensa a Dios, de manera que la fidelidad debía ser

el deber de toda mujer católica y no el derecho de vivir el amor, de morir en el amor. Gozar, gozar, algo imposible en aquel desapacible pueblo con ínfulas de ciudad. La náusea ante la vida brotaba naturalmente en medio del sopor de aquella vacía rutina.

Al principio fue el Dry Martini y luego el whisky y en las grandes resacas el “bloody mary” o el “Screw Driver”. El rostro de toro del norteamericano recordaba al de un obispo presbiteriano irascible: naturalmente llegó virgen al matrimonio. Ella apartaba molesta cualquier recuerdo de aquellos días, un hombre pulcro que jamás había mentido, que jamás había cometido alguna falta contra la moral. Miraba el suburbio de grandes casas rodeadas de estólidos jardincillos sobre los cuales se iba acumulando como una invisible ceniza la monotonía de los días, y tanto en el pueblo sudamericano como en la pequeña ciudad norteamericana ese aburrimiento terminó por meterse en sus huesos, por ablandarlos. ¿No había soñado con lucir sus trajes?, ¿no había soñado con ir a los mejores restaurantes de Nueva York y Miami, tal como lo habían hecho sus abuelos, sus padres? Miraba en el hangar los aviones y se dejaba llevar de su inconformidad ante lo que, en esa situación, nunca llegaría a comprender, hasta que un día presintió que algo extraño estaba sucediendo tal como se lo indicaba la modificación de las planillas que cubrían los aviones, Panamá, Honduras, Nicaragua, a altas horas de la noche y con la incorporación de nuevos pilotos, más jóvenes, más desenfadados que los veteranos padres de familia que habían pilotado hasta entonces los aviones.

¿Qué había sucedido para que de repente y con una inusitada precipitud hubieran cambiado los uniformes de sus empleados, para que en los aeropuertos de Miami y Tampa hubieran irrumpido personajes que de no ser por su acento regional hubieran pasado por ser protagonistas de la noche en los Ángeles o Nueva York? Ya esto le produjo un saludable cosquilleo en los muslos anhelantes de encuentros eróticos, en los labios ávidos de otras bocas, en su corazón que consideraba que aún era tiempo en su vida para lanzarse a un vértigo de emociones.

Esto la reconfortó, la hizo sentir en el comienzo de una nueva etapa de su vida con vivencias tan inesperadas y profundas que de tajo y casi inadvertidamente, borraron la supuesta memoria de aquello que trataba de encadenarla a unas pobres tradiciones. Y de aquel vacío nada quería recordar.

¿Cómo podría encajar en estos sorprendentes escenarios un provinciano hombre de negocios norteamericano, un rústico empresario cuya apariencia había quedado congelada en los años 50?. Sentía como tenazas sus enormes manos cuando la levantaba del sillón donde se había quedado dormida de la borrachera. Perdida en la borrachera sabía de antemano que ofrecerle a ese cuerpo cívico un arrebato sexual, sería un despropósito. Y en vez de rabiarse se resignaba a abrazar la almohada y a gemir como si un hombre invisible le estuviera haciendo el amor y gemía desenfadada y rabiosamente hasta que el sueño se iba y ella se quedaba tirada sobre

la cama en medio de un mortal desconsuelo. Ni siquiera las sirvientas le hacían caso, la proximidad de ese cuerpo que sudaba, que lanzaba ventosidades la llevó a dormir en otro cuarto.

Cuando le llegaron con la noticia de la muerte de su marido a causa de un accidente no sintió nada. Lo había derribado un caballo. Y lo vio desnucado, el fardo de carne norteamericano despaturrado sobre el empedrado del corral, la noble bestia se negó a aceptar el pesado cuerpo y lo arrojó. El cadáver le recordó al de Oliver el compañero de Hardy, gordo y redondo, simplón, la boca abierta como si hubiera querido pronunciar unas memorables palabras de despedida que nadie escuchó. El cuerpo en un ataúd blindado fue llevado y enterrado en su pueblo natal cerca de Tampa.

Se dio cuenta ella conversando con sus empleados que otra realidad la estaba saludando: nuevos espacios donde se sintió segura metida entre su ropa, dueña de su vestimenta, ebria sin que nadie le llamara la atención. Y la lucidez de la resaca matinal le permitió sopesar la situación con plena objetividad; a su lado los preclaros apellidos de la vieja sociedad se habían derrumbado ante el avasallador avance de la nueva economía para la cual y, dentro de la cual, la flotilla de aviones iba a jugar un papel decisivo.

¿Cómo y dónde se agotó la fortuna de su hermano Humberto, el más destacado industrial del país?, ¿qué había sido de su candidatura a un ministerio?. El legado del buen hombre norteamericano la había

Títulos publicados

Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi**
o1 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*

Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola**
o1 - *Prohibido salir a la calle*
- **Guillermo Roz**
o2 - *La vida me engañó*
- **Héctor Perea**
o3 - *Los párpados del mundo*
- **Luis Fayad**
o4 - *Testamento de un hombre de negocios*
- **Juan Moro**
o5 - *La última parroquia antes de América*
- **Darío Ruiz Gómez**
o6 - *Crímenes municipales*

Colección Mirada Poesía

- **Samuel Serrano**
o1 – *El hacha de piedra*

Colección Biblioteca Digital

- **Rosario González Galicia**
o1 – *Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana*
- **Blas Matamoro**
o2 - *Malos ejemplos*
- **Pedro Granados**
o3 - *Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005)*
- **Blas Matamoro Rossi**
o4 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico* (Edición Digital)